

C. 127860

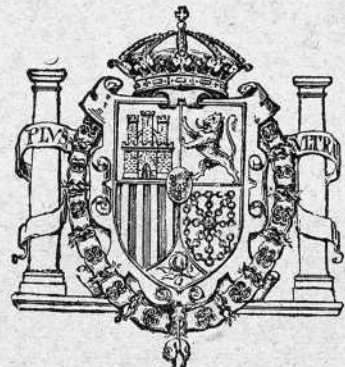
4-2814

90

R
1907

AMÓS SALVADOR

SOBRE EL SÍMBOLO



R
1907

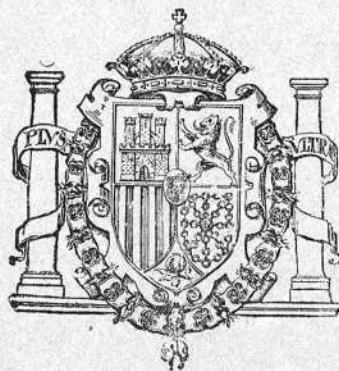
MADRID
IMPRENTA DE SAN FRANCISCO DE SALES
CALLE DE LA BOLA, NÚM. 8
1917

C. 127860
Donativo de D. Amós Salvador
21 octubre 1917

R
1907

AMÓS SALVADOR

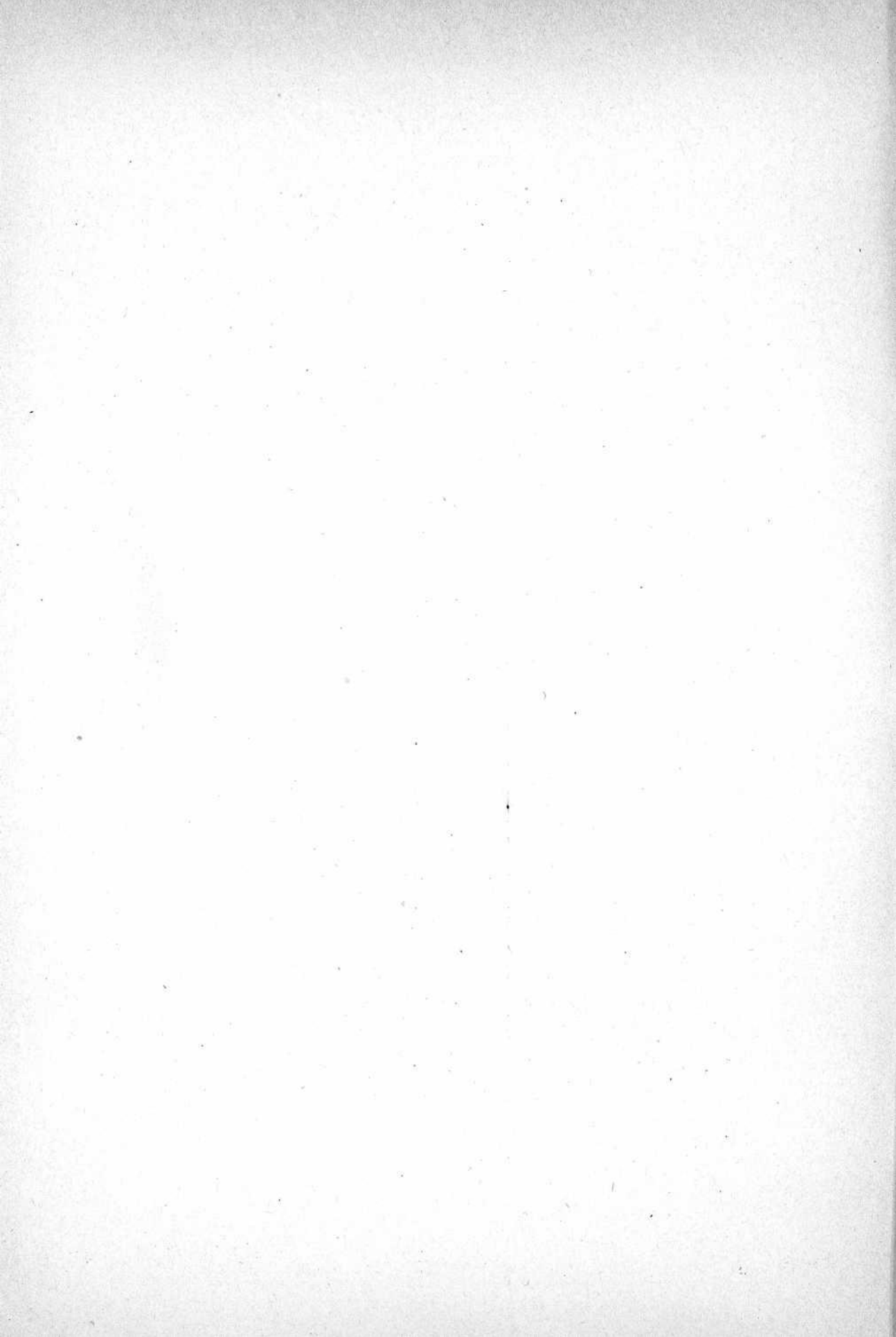
SOBRE EL SÍMBOLO



R. 23.863



MADRID
IMPRENTA DE SAN FRANCISCO DE SALES
CALLE DE LA BOLA, NÚM. 8
1917



SOBRE EL SÍMBOLO

Es singular el menosprecio que sienten algunas personas por el simbolismo, cuando sin el símbolo ¡no se vive!

Salía yo una mañana de mi casa, en la Carrera de San Jerónimo, y bajaba en dirección del Prado con un amigo, en ocasión en que subía, dirigiéndose a Palacio, la fuerza de infantería destinada al relevo de la guardia.

Al pasar la bandera la saludé en toda regla: parándome, volviéndome hacia ella, quitándome el sombrero, doblando el cuerpo y bajando la cabeza; y cuando eché a andar de nuevo, noté el gesto de contrariedad de mi amigo, que no supo reprimir.

—¿Qué te pasa?—le dije.

—Me pasa—me dijo—que cuando personas como tú, que deben guardar esos respetos para cosas más altas y graves, los dedican a cosas como esa a que acabas de saludar, no es extraño que vayamos en todo de cabeza.

—Perdona—le repliqué—porque ¿acaso no crees tú que es cosa grande y a la altura de las mayores grandezas la idea de Patria?

—Mucho tendríamos que discutir sobre eso de la idea de Patria; pero eso no es Patria, eso es un trapo.

—Sabía yo—añadí—que eras un republicano y un librepensador; pero ni imaginar podía que llevaras tan a mal cosa tan inofensiva, y que mereciera de ti agrias censuras lo que para mí es indudablemente plausible. Te aseguro que no se necesita alcanzar la alta categoría de librepensador para afirmar cosa tan sencilla y evidente como que eso es *un trapo*, y con ello, también te aseguro que no enseñáis cosa alguna a los simples mortales; pero si en vez de que-

rer decir sólo eso, quieres decir que *no es más que eso*, bien puedes afirmar que eres un librepensador, porque no se puede pensar de una manera más libre ¡ni menos exacta! La bandera no es un trapo: es de trapo; pero es mucho más que un trapo, porque es un símbolo, y como todos los símbolos, tiene el valor que se le quiera dar.

—Cierto—me interrumpe—y así vivimos siempre de convencionalismos y de ficciones.

—De convencionalismos, sí, y eso es tan humano que nadie puede, en absoluto, rechazarlo; pero de ficciones, no, porque nada hay tan verdadero ni tan real como el símbolo, que le es tan necesario a la inteligencia para su sustento como al cuerpo los manjares con que a diario lo alimentamos.

Símbolo es toda señal, signo, divisa o nota con que se da a conocer una cosa: cualquiera semejanza, figura, imagen o medio de representación para dar a conocer una realidad material o espiritual; no es, por lo tanto, como ficción, un grado de la mentira, sino una fase, una faceta de la realidad, a la cual se le atribuye un sentido convencional, restringido unas veces y amplísimo otras.

La imaginación, de quien se dice que es la loca de la casa, es una imperiosa necesidad del entendimiento, que no funcionaría, o lo haría mal, sin ella, y así se ha dicho en todos los tiempos, y con grandísima razón, que no se piensa sin imágenes, que es como decir que no se piensa sin símbolos. Así, en el proceso imaginativo se empieza por *ver*, sigue luego el *mirar*, después se piensa, más tarde se fantasea, y se ordena, y se unifica, y se simboliza, y de este modo se vuelve a la realidad, que se empezó por ver de una manera y que se acaba por ver de una manera distinta y aun nueva, pero siempre perfeccionada. El símbolo es, como se ve, intermedio entre lo ideal y lo real: la idea se acerca a la realidad por medio del símbolo, y por medio del símbolo la realidad sugiere el ideal. Este es el caso de la bandera.

Ese trapo ha servido en las adversidades como en las bonanzas para congregar nuestras fuerzas marciales y populares; ese trapo ha descubierto con los españoles y conquistado y civilizado un mundo nuevo; ese trapo se ha paseado victorioso por todos los continentes, y ha presenciado, al caer, los rasgos de perseverancia, de heroísmo y de resistencia indomable ante la desgracia, propios de nuestra

raza, tan pobre y mezquina de pocos defectos como rica y poderosa de cualidades envidiables y envidiadas en los cuatro puntos cardinales de nuestro globo. ¡Y porque *recuerda* la historia de nuestras grandezas, *representa* la grandeza de nuestra historia! Y cuando toda esa representación se le atribuye, no es mucho que se la salute al pasar y que, al saludarla, se le muestre respeto extremado y veneración acentuada.

Ahí tenemos otro símbolo, mi querido amigo, y como ése los tropezamos a cada instante y por todas partes: la estatua de Cervantes.

Es claro que mi interlocutor no se callaba, y se defendía; pero ¡se iban apagando sus fuegos!

¿Qué significa esa estatua de Cervantes? Seguramente serás tú de los menos dispuestos a creer que el alma del Príncipe de nuestros Ingenios anda por el espacio vagarosa, y que se recrea con los homenajes que se le dedican, ni que se le dediquen para su regocijo después de su muerte. ¿Será, acaso, para que otras generaciones recuerden las cualidades físicas, los perfiles de la figura que ostentó en vida? ¿Y qué le interesan a nadie esos extremos en ninguno de los que con monumentos se perpetúa su memoria? Si de ordinario se dice, tanto cuando se dibuja, pinta o modela, que no hay retrato bueno para los de la propia familia, por la dificultad de hacer esas reproducciones con exactitud, cuando se duda de cuál sea el verdadero retrato de los que se conocen y hasta si dejó alguno que no se dude de su autenticidad, ¿qué parecido podrá tener esa imagen con el original ni qué importa a nadie que lo tenga? Se dice y basta: «Ese es Cervantes»; se conviene en que es ése y, sea o no parecido, representa el mejor prosista castellano, un siglo de esplendor de nuestra literatura, un motivo de orgullo por la admiración que han producido en el mundo sus obras, singularmente su *Quijote*, una indiscutible gloria nacional, que se señala para admiración de las gentes, y cuyo recuerdo se desea perpetuar. ¡Recuerdo, siempre el recuerdo! ¡Como que los recuerdos son la vida, y sin ellos ni siquiera se concibe! Si la imaginación, con ser tan poderosa, pudiera borrar en todo los recuerdos y fuera todavía posible imaginar sin ellos la vida, no valdría la pena de estimarla en lo más mínimo, porque sería siempre embrionaria y en absoluto reñida con todo progreso y perfeccionamiento.

La de Don Alvaro de Bazán, la del Marqués del Duero, la del Príncipe de Vergara, la de Ruiz, símbolos son igualmente, que representan glorias militares unos, la pacificación de la guerra civil otro, el amor a la independencia el último; otras glorias y descubrimientos representan y simbolizan el grupo de Isabel la Católica y el monumento a Colón; y al que este género de glorias no le guste ver perpetuadas en el recuerdo, ahí tiene las de Quevedo, Velázquez, Goya, Murillo y tantas otras como simbolizan y representan y recuerdan otras grandezas de nuestro genio nacional. Ciertamente que a muchos no les gustan estas cosas por eso mismo de que son nacionales, patrióticas; pero ahí por el mundo las hallarán con aplauso suyo en representaciones simbólicas a que se prestan las figuras de Newton, los Gracos, Lafayette, Giordano Bruno, Washington, Galileo, etc., etc., y aún algunos librepensadores tiritan de entusiasmo ante representaciones y simbolismos de categoría muy inferior a la de éstos!

¡Mi interlocutor iba poniéndose cada vez más afónico! Y todavía le hice perder el habla por completo con lo que sigue:

No renuncio a presentarte un ejemplo lleno de simbolismos y que no me rechazarás con ningún género de razonamientos.

Excavando el terreno te llevas a casa una cierta cantidad de tierras, que en tal estado tienen escaso valor; más tarde, las entregas para que las sometan a ciertas manipulaciones, transformándolas y obteniendo de ellas, por medio de la Química, que no ha sido ciencia hasta que ha sido simbólica y ha podido representar por símbolos sus elementos y combinaciones cualitativa y cuantitativamente, obteniendo, digo, un metal de la naturaleza que quieras imaginar; después, en talleres que no se habrán construido sin el empleo de fórmulas proporcionadas por la Matemática, que es un puro símbolo, te lo darán en trozos o formas apropiadas a la fabricación de ciertos objetos, y supongamos que produzcan una medalla: un platero la perfecciona, orlándola de piedras preciosas, y un escultor o grabador, o ambos artistas a la vez, le añaden valor con su trabajo artístico, que puede llegar a ser extremado por su altísima tasación, en el que todavía se valdrán de símbolos religiosos o de otra índole, asimismo valiosos para el dueño que adquiera dicha medalla. En todas estas transformaciones va ganando de valor, y puede ser ven-

dida en precios sucesivos capaces de llegar a representar una fortuna. Pero esa medalla se la ha colgado del cuello una mujer y la ha llevado mucho tiempo, haciéndola objeto de sus atenciones y aun de su cariño; y esa mujer es tu madre o la de tus hijos, y se la quita momentos antes de morir y te la cuelga, y te ruega que la lleves constantemente como recuerdo, y desde ese momento desaparecen para ti todos los valores materiales y artísticos, y vale más que todos la nota espiritual de un recuerdo de esos amores que no sólo enaltecen y subliman la vida, sino que son la vida misma, agradable y ennoblecida. Nadie se atrevería ya a vender en ningún precio cosa de tal estimación, porque nadie vende en los mercados pedazos de su alma, y nada menos que eso llega a ser en ciertos momentos un símbolo.

Aquí enmudeció por completo mi librepensador, en quien tenía, sin que él pudiera remediarlo, gran influencia el sentimiento. Pero rompió de nuevo a hablar, y con fortísima voz, al oír lo que sigue:

Ya ves, amigo mío, cómo no se puede negar valor a los símbolos; y cuanto más librepensador, menos, por cuanto otros pensadores piensan de otro modo con igual libertad, y merecen respeto.

Ese mismo defecto de no dar valor, más que para burlarse de ellos, a los símbolos, tenía otro condiscípulo mío, y un día se le ocurrió mandar hacer un gorro frigio de bronce y un pie especial para sostenerlo con la concavidad hacia arriba, posición en que tan mal asiento tiene, y ¿a qué dirás que lo destinó?

—¡No sé!

—¡Pues a escupidera!

—Eso es una majadería impropia hasta de gente medianamente educada, porque las ideas, cualesquiera que sean, y no hay para qué decir que sus mantenedores, merecen respeto y no burlas, y el gorro frigio es una representación de la República, que cuenta con el amor de los republicanos.

—Así es en verdad; pero ¿desde cuándo el gorro frigio puede ser un símbolo representativo de la República, y no la bandera representación de la Patria? ¿Desde cuándo es un trapo la bandera, y no es otro trapo el gorro frigio? ¡A que resulta que el único librepensador soy yo, que no rechazo las ideas de nadie!

¡Bendita sea la bandera española, que lleva en sus pliegues las

representaciones altísimas que digo, y a las cuales sirve de símbolo! ¡Y benditos sean los que la respetan y veneran! Lo malo es que quieran quitarle representación con otras que se pretende poner a su lado, y que sólo la tienen regional, municipal o de otra índole; lo malo es que no se suprime en la vida militar la de ciertos Institutos, y en la vida civil, las de gremios, facultades y tantos y tantos otros conceptos, para los cuales pueden servir estandartes que no sean los de nuestra caballería, banderolas, gallardetes, grímpolas, etcétera, y que sólo sirva nuestra bandera para ser *único* símbolo de nuestra Patria, y sólo de ella.

No niego que los renglones que preceden llevan envuelto un cierto humorismo; pero quiero ahora afirmar, en serio, que, como decía al principio, sin el símbolo no se vive, no pretendiendo, sin embargo, escribir un tratado tan extenso y curioso como el asunto merece, sino contentándome con disertar sobre ello muy lacónicamente.

Todas las ciencias necesitan del símbolo, porque todas necesitan de la inteligencia, y la inteligencia, de la imaginación, que es como decir, del símbolo. Aun siendo la Matemática ciencia que se desenvuelve más que otra ninguna a impulso casi exclusivo de la razón, ya he dicho más arriba que es un puro símbolo, y que por el concurso de éste llega a sus fórmulas, igualmente simbólicas. De las ciencias de observación pudiera asimismo decirse algo parecido a lo dicho para la Química, que no llegó a serlo hasta que se hizo simbólica.

Pero quiero principalmente hacerme cargo de las Bellas Artes, que son simbólicas en el más alto grado, y cuyo saber es más apto y sus símbolos más apropiados para ponerse al habla con las masas populares, a las que educan, atrayéndolas y cautivándolas con el atractivo y deleite de la belleza.

La Poesía, que es la más espiritual de las Bellas Artes, o por lo menos la más inmaterial en sus modos de desarrollo, no se concibe sino fantaseando y arrancando a la imaginación sus más esplendurosos atavíos, para vestir con ellos de gala las concepciones de su pensamiento.

La Poesía, como la Literatura en general, lo primero que necesita es un lenguaje, cuyo traje de gala es la elocuencia, y el lenguaje es todo él un simbolismo en el que las palabras representan

cosas, o más bien, ideas, y necesita, además del lenguaje hablado, otro, aún de más importancia, que es el lenguaje escrito, y todavía más simbólico, porque en él no sólo es símbolo el vocablo, sino la representación gráfica de cada uno. Y la escritura es lo más fundamental del progreso humano, porque, sin ese lenguaje, todo se fiaría a la memoria, que de generación en generación se altera y se pierde, mientras que con ella se hace perdurable el recuerdo, y queda en forma de poder ser leído en todo tiempo por todas las generaciones venideras, que de esta suerte utilizan todo cuanto los hombres han sabido en todos los tiempos, para edificar sobre ello y perfeccionar todo género de conocimientos, sin lo cual se estaría siempre empezando a saber, por donde, como se ve, puede decirse con exactitud innegable que el saber humano se debe indiscutiblemente al símbolo.

Si entrara a detallar ese concepto en las variadas formas que la literatura reviste, sería harto molesto el llegar en todas a las mismas conclusiones; pero basta con el ejemplo de lo que sucede en la literatura dramática.

Los que piensan que ha de ser la representación escénica de la realidad, la naturaleza misma llevada al teatro con todas sus manifestaciones físicas y pasionales, lejos de definirla, la desnaturalizan y la anonadan. La realidad, manifestándose ella misma y por sí misma, no pasará de ser una cinta cinematográfica; para ser literatura dramática tiene que pasar por otra máquina mucho más perfeccionada y de categoría muy superior a la fotográfica, que sólo reproduce; tiene que pasar por el hombre, por la inteligencia del hombre, que, además de saber reproducir, combina, simplifica, unifica, crea y perfecciona todo aquello con que se pone en contacto, porque cuanto ella toca resulta por ella mejorado y enaltecido. La obra artística rechaza la inverosimilitud, y necesita inspirarse en la realidad; pero no lo será jamás, si no lleva el sello que deja siempre en todo la intervención del entendimiento. No es, en suma, la Naturaleza la que hace obra artística, sino el hombre, manejándola.

Y no solamente se vale la literatura en todo momento y para todas sus expresiones del símbolo, sino que muchas veces es el mismo simbolismo. Empezó en Egipto con sus jeroglíficos que, si se permite la frase, son la más simbólica de las escrituras, con ser todas ellas un puro simbolismo.

Las Mitologías griega y romana bastarían para demostrarlo. Los dioses y los héroes y sus movimientos y acciones simbolizan objetos, ideas y actos de toda índole, que lo mismo se manifiestan con claridad indudable, como requieren estudio muy detenido y difícil, pudiendo ser tan intrincado el descubrimiento de estos valores simbólicos que, algunas veces, llegan a ser muy pocos los capaces de descifrarlos. Con una sola frase se puede demostrar que era simbólica esa literatura antigua, que tenía marcada predilección por la fábula; con la de que tanto como Mitología se le ha llamado y se le llama *simbología*.

En la Literatura y en las artes cristianas aún pudiera decirse que se extremó el simbolismo, si cupiera extremarlo, después de lo que he dicho. De signos y figuras se llenaron las paredes de las Catacumbas por querer los cristianos comunicarse con la Divinidad, no sólo por medio del pensamiento, sino por manifestaciones exteriores: signos, figuras y notas de muy variados linajes les servían para darse a conocer y confiarse los unos en los otros; para convocarse y reunirse, para entenderse sin ser sorprendidos por sus perseguidores, y, sin exageración, pudiera decirse que para todo eran simbólicos, cuando, con verdadera exageración, se ha llegado después, y por cierto de modo lamentable, hasta a no ver en las imágenes los símbolos, sino el original que con ellos se ha querido representar. Finalmente, Jesucristo prefería para sus predicaciones la forma de parábola, y como símbolos imperecederos para representarlo, así como a los Apóstoles, al Espíritu Santo y a la Santísima Trinidad, han quedado el cordero, el pez, la paloma y el triángulo; y el símbolo religioso y cristiano por excelencia, el que representa al Maestro y a su doctrina, el de redención del género humano, es la Cruz.

Y si mucho interesa el símbolo a la Literatura, no es de menos importancia para los autores, porque, manejando todos esos elementos, cada uno de ellos se simboliza por su estilo.

La Música es, después de la Poesía, la más inmaterial de las Bellas Artes en sus modos de desarrollo, y le es aplicable cuanto acabo de decir. Necesita, en efecto, la obra musical llevar el sello de humanidad para ser obra de arte; necesita, como la que más de sus compañeras, de la imaginación, y sólo simbolizándose podrá ser entendida de las masas populares, a cuya educación tanto contribuye;

necesita también un lenguaje, y tiene el ordinario, hablado y escrito, del que se sirve para sus explicaciones, y además otro especial hablado y otro escrito, que son aún más simbólicos que los anteriores y que son para ella fundamentales. Mejor que hablado, debiera decir cantado, porque la música no se habla, se canta vocal o instrumentalmente, y al cantarse, poco importa que se articulen los vocablos de ese lenguaje, que son las notas, y se las denomine con su nombre musical o se sustituyan por otros vocablos, con los que ordinariamente se canta, o se suprima toda letra y quede limpio y solo el canto, porque no por eso será menos lenguaje representativo de ideas y símbolo en esta clase de manifestaciones artísticas.

Pero así como en el lenguaje ordinario es indispensable el escrito y a él se le encomienda la misión de perpetuar los conocimientos, que no pueden ni deben fiarse a la memoria, la música no podría transmitirse a las generaciones venideras ni ser utilizada por el progreso, si no tuviera su lenguaje escrito, más simbólico que otro alguno, y que se obtiene con signos musicales estampados en el pentágono.

También ahora los compositores, como los autores literarios, manejando esos símbolos, se simbolizan por su estilo, de tal suerte que, aun sin conocimientos musicales y con sólo tener educado el oído, se los designa y distingue unos de otros.

Empiezan a materializarse las Bellas Artes, pero, entiéndase bien, sin dejar de ser espirituales, en la Pintura, que se desenvuelve en un plano, porque los espesores de los materiales que emplea son tan insignificantes, que puede, sin inconveniente, ser esta dimensión despreciada. La Escultura maneja ya las tres dimensiones, aunque en pequeña escala, y la Arquitectura grandes masas de las tres dimensiones. No bastan, sin embargo, estas diferencias para establecerlas de manera esencial en los simbolismos de que se valen, y ya se verá cómo lo que ahora diga de la Pintura puede aplicarse sin esfuerzo alguno a sus dos compañeras.

La Naturaleza proporciona a la Pintura los originales de los objetos y las combinaciones que de ellos hace a su manera ciega; pero el que pinta, maneja esos objetos que ve con los ojos de la cara, y los mira con los del entendimiento de modo bien distinto, y los combina y compone, no de una manera arbitraria o casual, sino arre-

glada a normas y a propósitos determinados; les pone, en suma, el sello de la inteligencia, y entonces son obra artística. Si de la literatura dramática decía que sin la intervención imaginativa no pasaría jamás de cinta cinematográfica, ahora digo que la Pintura no puede ser fotografía, ni aunque se ilumine coloreándola, porque donde el hombre nada pone, no debe esperarse nada de hombre, y donde no hay cosa de hombre, no puede haber obra de arte.

Aun cuando el pintor reproduce la Naturaleza, y con reproducirla se contenta, copiándola o retratándola, que en mi sentir es lo mismo, y ya diré por qué, tiene que acudir a la imaginación para que le proporcione medios embusteros con los que, no obstante, da idea de la realidad, porque, aunque algunos lo pretendan, nadie es potente para producir el natural con pedazos de natural. No puede, en efecto, llevar a la paleta trozos de aquella luz que hiere a los modelos, sino la que hiere a otros objetos que dan los colores que se desean con la aproximación posible, y que pueden llevarse a la paleta y cogerlos de ella el pincel. Son aproximaciones y nada más; a lo cual debe agregarse que muchas veces se copian colores en luz con colores en sombra, y aun cuando se haga con colores en luz, se ven luego en los museos en sombra, y sólo en el contraste, que se obtiene dando más obscuridad a los oscuros, que es una mentira, se da la impresión de realidad del blanco en luz. Pero si para la copia exacta no tenemos ni medios apropiados para poder confiar en ella racionalmente, digo que sería imposible, aun cuando se tuvieran.

Me interesa demostrar ahora que para la discusión que nos ocupa, no cabe distinguir entre retrato y copia: el que retrata, copia, y el que copia, retrata. Acomodándonos a lo que dice el Diccionario de la Academia, el retrato sólo se entiende cuando copia personas o animales; pero, aparte el que no se comprende el por qué de no extenderse a las cosas; aparte el que, por lo menos en el sentido figurado, se dice de los pintores que retratan el paisaje, y de la Naturaleza, que se retrata de esta o de la otra forma, cuando los procedimientos de retratar se han hecho para todos iguales y cuando la caricatura, que tiene en esta discusión una importancia extraordinaria y que voy a examinar en seguida, se extiende ya al paisaje, no hay razón seria en qué apoyarse para afirmar que el que retrata copia, y negar que el que copia retrata.

Necesito también rectificar en este momento el concepto ordinario de la caricatura, porque estamos acostumbrados a pensar que no la hay, si no lleva en sí una cierta gracia, donosura, picardía, broma, humorismo o algo, en suma, que tienda, en mayor o en menor grado, a ridiculizar a alguna persona o cosa, y ciertamente no es eso, sin desconocer que eso es lo que esencialmente la caracteriza. Cuanto más dominen esas condiciones de burla y de ridículo, tanto más acentuada y característica será la caricatura; pero nadie dejará de admitir, sin ningún escrúpulo, que en ello hay gradaciones, y con eso basta para definirla más generalmente de otro modo. Imaginemos que debajo del límite superior a que llegan las caricaturas que tienen más exagerado ese carácter, hay otras menos exageradas: ¡también serán caricaturas! Imaginemos otras y otras en las que vayan disminuyendo esas condiciones caricaturescas, y seguirán siendo caricaturas; pero ¿hasta cuándo? ¿Cuándo llegará el momento en que se pueda decir que hasta allí han sido caricaturas y dejan de serlo de allí en adelante? ¡No es eso!

Esa cantidad de caricatura, si se me permite esta manera de hablar, que sucesivamente va disminuyendo, sin dejar de ser cantidad o caricatura, llegará a ser cero cuando el retrato o la copia haga el imposible de reproducir el original con perfecta fidelidad y exactitud. Fuera de ese caso, que ahora demostraré que es imposible, será caricatura, y por lo tanto, es caricatura todo cuanto desnaturaliza el natural, lo que desfigura el original, en grande o en pequeña escala, y tanto, cuando esa deformación se produce consciente, voluntaria y premeditadamente, cómo cuando es involuntaria o forzosa por la imposibilidad de reproducir exactamente el modelo.

Ya se ha visto demostrado esto cuando he dicho que en ese lenguaje propio de la Pintura, que se llama color, sólo convencionalmente, o sea simbólicamente, se llega a dar la impresión de la realidad; pero vaya otro ejemplo que no se explican muchos pintores, aun cuando *ven* que los perfiles verticales de los contornos son más borrosos que los horizontales.

En efecto, las líneas horizontales de los contornos de las figuras se ven lo mismo con los dos ojos, porque cada uno ve la línea completa; pero en los contornos redondeados verticales se ve un perfil con cada ojo, o sean dos perfiles, y como sólo uno se dibuja, será

una mentira, aunque sin duda alguna el que se dibuja bastará para impresionar como verdad. La explicación es sencillísima: así como los destellos coloreados que despiden las facetas talladas de los brillantes, sólo se ven con un ojo, y si se cierra el que los ve, desaparecen, porque el ángulo de refracción de los colores es uno, y sólo puede impresionar un ojo, siendo precisos dos ángulos para afectar a dos ojos, cosa imposible, así también la tangente a la superficie redondeada en un punto del contorno aparente, sólo puede pasar por un ojo, y se necesita otra tangente en otro punto, cosa aquí posible, que vaya a pasar por el otro, de modo que cada uno ve un punto de contacto, o sea un contorno distinto.

Nadie podrá pretender, además, que se reproduzcan o copien los infinitos matices de colorido y modelado que presentan los objetos. Basta con tomar, y no podría hacerse otra cosa, la impresión que recibe la visión *a primera vista*.

Lo difícil, lo imposible, como se ve, es el retrato, en el sentido de la exactitud de la copia; en cambio, la desnaturalización del natural, la deformación del modelo por la copia, la caricatura con esta definición es de todos los momentos, y aparece inexcusablemente con caracteres más o menos acentuados. Y la caricatura salta a la vista que es puro símbolo, y que se diferencia del retrato en que no pretende tanta fidelidad en la copia como éste; pero no retrata menos, especialmente en lo que concierne a ciertos perfiles espirituales, en los cuales acaso retrata más. Y nótese que el dibujo es otra parte del lenguaje de la Pintura, y el alma de la caricatura es el dibujo.

Inútil me parece decir que también ahora la manera de concebir y de componer y de tratar los asuntos y los objetos, así como el *modo de hacer* de cada pintor, le da un estilo que lo simboliza y así es posible decir a ciertos inteligentes, con seguridad asombrosa, a qué autor debe atribuirse un cuadro que aparece sin firma.

Me he extendido, probablemente, de sobra en la Pintura y me permitiré acortar al ocuparme en la Escultura, porque en realidad le son aplicables todos los razonamientos que para la primera acabo de exponer.

También la Escultura maneja los objetos y compone imaginando, que es como decir, con imágenes o símbolos, de un modo inteli-

gente y no casual; también pone ese sello humano sobre el natural, indispensable para hacer obra artística; también le son aplicables todos los razonamientos relacionados con el retrato y con la caricatura; también el escultor se simboliza por su estilo, derivado de su manera de tratar asuntos y cosas y de tocar en el modelado, y también se vale para dar idea de realidad de mentiras convencionales. Ahí va un ejemplo de detalle:

El globo del ojo tiene una forma convexa, y es faltar a la verdad producir en ella un ahuecamiento; pues ahuecando la pupila, desmontando una parte de ella, con esa mentira, se da la impresión de la mirada en el ojo, que no hay modo de lograr conservando al globo su forma y respetando el modelado del original.

Y todos estos razonamientos, sin modificar una tilde, son aplicables a la Arquitectura, y sería pesadez intolerable el repetirlos.

Sólo diré que, más que ninguna de sus hermanas las Bellas Artes, necesita simbolizarse, porque todas ellas arrancan y se inspiran en los modelos que la Naturaleza proporeiona para crear con los elementos que de ella saca, para modificarlos componiendo o para reproducirlos; mas la Pintura y la Escultura retratan; la Música y la Poesía, disponen al menos de armonías imitativas, pero ¿cómo puede conseguir esas imitaciones o reproducciones la Arquitectura manejando grandes masas de tres dimensiones y con elementos arquitectónicos que en nada se parecen a los objetos naturales?

No basta decir, aunque es cierto, que manejando la Arquitectura para la composición de los monumentos y para la ornamentación, la Escultura y la Pintura, se vale de todos los simbolismos propios de estas Bellas Artes y de cuantos ha legado a todos la Literatura; no basta que crée muchas veces alegorías o composiciones metafóricas, que en este caso habrían de estimarse como maneras de dar a ciertas cosas significados distintos de los suyos, como cuando trata con ello de evitar el manejo de las formas humanas que hayan de ir colocadas a grande altura, donde ni es lícito respetar la forma que ha de verse deformada por la altura ni deformar el modelo para que no se vea después deformado; es preciso que no sólo en los detalles sino en el conjunto se simbolice, porque de todas suertes en la obra arquitectónica no ha de confundirse un monumento mortuorio con un teatro, ni una plaza de toros con una iglesia. Cada construcción,

cada monumento, cada obra arquitectónica ha de poder decir en su aspecto y con su estilo, el objeto a que se dedica y para qué sirve, y eso no se consigue más que con el simbolismo.

En todos los tiempos y en todos los pueblos han aparecido estilos arquitectónicos en armonía con los caracteres de las razas y con las circunstancias de lugar y de momento; pero en la actualidad se le ve intranquila, indecisa, buscando y no hallando adecuados estilos. De esos tanteos resultan estilos ingleses, franceses, españoles, catalanes, que viven poco y acaban olvidados; pero ninguno se impone de modo inexcusable. Yo no sé si eso es posible, ni si, aun siéndolo, sería conveniente que así fuera; lo que sí sé es que se caminaria, acaso, hacia adelante, simbolizándose más, modernizando los antiguos símbolos y sistematizando ese simbolismo.

Decía al empezar que la bandera es un símbolo, y termino diciendo que el símbolo es bandera a cuya sombra se cobijan todos los conocimientos humanos; con lo cual he demostrado que sin ellos no se vive.



